

otro señor espero verle con frecuencia,—añadió sonriendo á Grossetete, que le decía ya adiós.

El obispo acompañaba á Verónica hasta Montagnac.

—Yo debería recorrer esta carretera vestida de luto,—dijo á su madre al oído, mientras subía á pie la cuesta de San Bernardo.

La anciana de áspero y arrugado rostro se llevó un dedo á los labios, señalando al mismo tiempo al obispo, que miraba al niño con una atención extraordinaria. Este gesto, pero sobre todo la mirada luminosa del prelado, causó á la señora Graslin una especie de estremecimiento. Al ver las vastas llanuras que se extienden como pardos mantos delante de Montagnac, los ojos de Verónica perdieron su brillo y se tornaron melancólicos, y entonces vió al cura que salía á su encuentro, y le hizo subir á su coche.

—He ahí sus dominios, señora,—le dijo el cura Bonnet señalándole la inculca llanura.

## CAPÍTULO IV

### LA SEÑORA GRASLIN EN MONTEGNAC

Algunos instantes después, la aldea de Montagnac y su colina, cuyos nuevos edificios llamaban la atención, aparecieron dorados por los últimos rayos del sol poiente y respirando aquella poesía debida al contraste que ofrecía aquella hermosa naturaleza, que yacía allí como un oasis en el desierto. Los ojos de la señora Graslin sellenaron de lágrimas cuando el cura le enseñó una gran mancha blanca que se veía en la montaña.

—Ahí tiene usted lo que mis feligreses han hecho para testificar su agradecimiento á su castellana,—dijo enseñándole aquel camino.—Podremos subir en coche hasta el castillo. Este camino ha sido construido sin que le cueste á usted un céntimo. Monseñor comprenderá las muchas penas, cuidados y abnegación que han sido necesarios para llevar á cabo semejante cambio.

—¿Han hecho ellos esto?—preguntó el obispo.

Al pie de la montaña, los viajeros vieron reunidos á todos los habitantes, que disparaban cohetes y tiros; después las dos muchachas más bonitas de la aldea, vestidas de blanco, ofrecieron flores y frutas á la señora Graslin.

—¡Ser recibida de este modo en esta aldea es cosa que me emociona!—exclamó ella agarrándose al brazo del señor Bonnet como si fuese á caer en un precipicio.

La multitud acompañó el coche hasta la reja del castillo, y entonces pudo la señora Graslin contemplarlo por entero, pues sólo había percibido las alturas del mismo. Al verlo quedó asombrada de la magnificencia de su vivienda. La piedra abunda poco en el país, pues el granito que se encuentra en las montañas es sumamente difícil trabajarlo. Por este motivo, el arquitecto comisionado por Graslin para restaurar el castillo había hecho del ladrillo el elemento principal de esta vasta construcción, lo cual contribuyó á que fuese tanto menos costosa, cuanto que del bosque de Montagnac habían sido extraídas la tierra y la madera necesarias. La tablazón y la obra de piedra de todas las construcciones había salido de aquel bosque. A no haber sido por estas economías, Graslin se hubiera arruinado. La mayor parte de los gastos habían consistido en transportes, en explotaciones y en salarios. De este modo el dinero habla quedado en la aldea y la había vivificado. Al primer golpe de vista y de lejos, el castillo parece una enorme masa encarnada, y rayada por hilitos negros producidos por las junturas: las ventanas, las puertas, las cornisas y demás obras de piedra visible del edificio eran de granito tallado en forma de punta de diamante. El patio de entrada, que forma un óvalo inclinado como el del palacio de Versalles, estaba cercado con muros de ladrillo, dividido en cuadros formados por una capa de granito. La parte baja de estos muros estaba cubierta por una espesura que llamaba la atención por la clase de árboles que la formaban, árboles que eran todos de diferente verde. Dos magníficas rejas conducían, la una á una terraza, desde la cual se veía Montagnac, y la otra á las habitaciones y á un cortijo. La gran reja de honer adonde iba á parar la carretera que acababa de ser construída, tenía á uno y otro lado dos bonitos

pabellones contruidos al estilo del siglo XVI. La fachada del patio, compuesta de tres pabellones, el uno en el centro y separado de los otros dos por dos huecos, estaba expuesta á levante. La fachada de los jardines, que era completamente igual, estaba expuesta á poniente. Los pabellones no tienen más que una ventana en cada fachada, y cada uno de los dos huecos cuyo fondo forma el cuerpo del edificio, tienen tres. El pabellón del centro, que remata en forma de campanario, y cuyos ángulos son vermiculados, llama la atención por la elegancia de algunas esculturas sobriamente distribuidas. El arte es tímido en provincias, y aunque desde 1729 haya hecho progresos la ornamentación, animada por la voz de los escritores, los propietarios tenían entonces miedo á los gastos que la falta de competencia y de obreros hacía que fuesen formidables. Los pabellones de los extremos estaban coronados por tejados muy altos, adornados con balaustres de granito, y en cada plano piramidal del tejado se veía una ventana con elegantes cornisas. En cada piso, las cartelas de las puertas y ventanas llamaban la atención por sus esculturas copiadas de las de las casas de Génova. Desde las ventanas de uno de los pabellones se ve Montegnac, y desde el pabellón que mira al norte se ve el bosque. Desde la fachada del jardín la mirada abraza la parte de Montegnac en que viven los Tascherón, y la carretera que conduce á la capital del distrito. La fachada del patio goza de la vista que ofrecen las inmensas llanuras circundadas por las montañas de Correze, que acaban en inmensa llanura que se pierde de vista. El cuerpo principal del edificio no tiene encima del piso bajo nada más que un primer piso rematado por tejados con guardilla hechos al estilo antiguo; pero los dos pabellones de cada extremo tienen dos pisos. El del medio está rematado por una cúpula semejante á la de los dos pabellones llamados de los Relojes que existen en las Tullerías ó en el Louvre, y se ve en él un gran reloj. Todos los tejados habían sido hechos con tejas por economía, formando canales, peso enorme que soportan fácilmente las maderas cogidas en el bosque. Antes de morir, Graslin había proyectado hacer por su cuenta la carretera que acababa de ser terminada por los vecinos en señal de

agradecimiento; pues aquella empresa, que Graslin llamaba su locura, había esparcido quinientos mil francos por el concejo. Por este motivo Montegnac se había agrandado considerablemente. Detrás del edificio y en la pendiente de la colina que iba á dar á la llanura, Graslin había empezado á construir un inmenso cortijo que demostraba su intención de sacar partido de las tierras incultas de la llanura. Seis jardineros, que se albergaban en las habitaciones destinadas á los criados del castillo y que estaban á las órdenes de un conserje jardinero, continuaban las plantaciones y acababan los trabajos que el señor Bonnet había juzgado indispensables. El piso bajo del castillo estaba destinado por completo á las habitaciones de recepción, y había sido amueblado con suntuosidad. El primer piso estaba casi desnudo, pues con la muerte del señor Graslin quedaron suspendidos los envíos de muebles.

—¡Ah! monseñor,—dijo la señora Graslin al obispo después de haber dado una vuelta por el castillo,—¡yo que pensaba habitar una cabaña! ¡Cuántas locuras ha hecho aquí el pobre señor Graslin.

—Y ¿es usted la que piensa dedicarse á hacer actos de caridad?—dijo el obispo después de una pausa, y observando al mismo tiempo el estremecimiento que sus palabras causaban á la señora Graslin.

Ésta cogió el brazo de su madre, que llevaba á Francisco de la mano, y se fué sola hasta la gran terraza desde la cual se divisaba la iglesia, el presbiterio y las casas de la aldea. El cura cogió del brazo al señor Duthéil para enseñarle las diferentes fases de este paisaje. Pero aun no habían dado dos pasos cuando vieron en el otro extremo de la terraza á Verónica y á su madre inmóviles como estatuas; la anciana tenía el pañuelo en la mano y se enjugaba los ojos, y la hija tenía las manos tendidas sobre la balastrada y parecía señalar la iglesia.

—¿Qué tiene usted, señora?—preguntó el cura Bonnet á la anciana Sauviat.

—Nada,—respondió la señora Graslin volviéndose, y dando algunos pasos hacia los sacerdotes.—No sabía que había de tener continuamente á la vista el cementerio.

—Puede usted hacer que se traslade á otra parte; ya sabe que en este pueblo sus deseos son leyes,—añadió el cura.

—¡Leyes!—dijo ella dejando escapar esta palabra que más bien parecía un grito.

El obispo miró otra vez á Verónica; ésta, fatigada de resistir la penetrante mirada con que el sacerdote trataba de atravesar el velo de carne que le cubría el alma, sorprendiendo así el secreto escondido en las fosas de aquel cementerio, exclamó:

—Pues bien, sí.

El obispo se puso la mano sobre los ojos y permaneció pensativo y cabizbajo durante algunos instantes.

—¡Sostengan á mi hija!—exclamó la anciana.—¡Se pone pálida!

—El aire es muy frío y me ha hecho daño,—dijo la señora Graslin cayendo desmayada en brazos de los dos eclesiásticos, que la llevaron á una de las habitaciones del castillo.

Cuando recobró el conocimiento vió que el obispo y el cura estaban de rodillas rogando por ella.

—¡Ojalá que el ángel que os ha visitado no os abandone nunca!—dijo el obispo bendiciéndola.—Adiós, hija mía.

Estas palabras hicieron derramar abundantes lágrimas á la señora Graslin.

—¿De modo que está salvada?—exclamó la Sauviat.

—En este mundo y en el otro,—añadió el obispo antes de salir del cuarto y volviéndose una vez más.

Esta habitación, donde la Sauviat había visto llevar á su hija, está situada en el pabellón lateral desde cuyas ventanas se ve la iglesia, el cementerio y la parte meridional de Montegnac. La señora Graslin quiso ocupar, y se instaló allí con Alina y Francisco. Antes de que la señora Graslin se hubiese repuesto de las emociones sufridas á su llegada, pasaron algunos días; su madre la obligó á guardar cama hasta la hora de comer. Por la tarde, Verónica se sentaba en el banco de la terraza y allí permanecía algunas horas contemplando la iglesia, el presbiterio y cementerio. A pesar de la sorda oposición que hizo á esta conducta la anciana Sauviat, la señora Graslin iba á contraer una cos-

tumbre de maniática sentándose en el mismo sitio y abandonándose á sombría melancolía.

—La señora se muere,—dijo Alina á la anciana Sauviat.

Tan pronto como el cura, que no quería oponerse, supo por las dos mujeres que la señora Graslin empezaba á contraer una enfermedad moral, la visitó con más asiduidad, y tuvo buen cuidado de hacer sus visitas á la misma hora en que Verónica iba á sentarse á la terraza en compañía de su hijo. El mes de octubre comenzaba y la naturaleza empezaba á ponerse triste y sombría. El señor Bonnet, que desde la llegada de Verónica á Montegnac había adivinado la existencia de alguna llaga que consumía el alma de aquella mujer, esperó ganarse con paciencia la confianza de la que había de ser más tarde su penitenta. Una tarde, la señora Graslin miró al cura con aquellos ojos casi apagados por la fatal indecisión que se observa en las gentes que acarician la idea de la muerte. Desde este momento el señor Bonnet no titubeó y se creyó en el deber de detener los progresos de aquella cruel enfermedad moral. En principio hubo entre Verónica y el sacerdote un combate de palabras vacías, bajo las cuales se ocultaron sus verdaderos pensamientos. A pesar del frío, Verónica estaba sentada en este momento en un banco de granito, y tenía á Francisco en su regazo. La Sauviat estaba de pie, apoyada en la balaustrada, y tapando á intento la vista del cementerio. Alina esperaba que su dueña le diese el niño.

—Señora,—dijo el cura que iba ya á visitarla por séptima vez,—yo creía que no tenía usted más que tristeza, pero,—le dijo al oído,—veo que lo que tiene es desesperación, y ese sentimiento no es ni cristiano ni católico.

—Y ¿qué sentimiento deja la Iglesia á los condenados á no ser la desesperación?—respondió dirigiendo al cielo una mirada penetrante y dejando errar una sonrisa amarga por sus labios.

Al oír aquellas palabras, el santo varón creyó ver en aquella alma las huellas de profundos estragos.

—¡Ah! hace usted de esta colina su infierno, en lugar de hacer de ella su calvario para lanzarse al cielo.

—Me falta el orgullo necesario para colocarme en tamaño pedestal,—le respondió con un tono que revelaba el profundo desprecio que sentía por sí propia.

Al oír esto, el sacerdote, llevado de una de esas inspiraciones que son tan naturales y abundantes en las almas vírgenes, tomó al niño en sus brazos, le besó en la frente y dijo con voz paternal, entregándoselo á la camarera para que se lo llevase:

—¡Pobre niño!

La Sauviat miró á su hija, y al ver brotar lágrimas de los ojos de Verónica que tanto tiempo habian estado secos, comprendió la eficacia de las palabras del señor Bonnet.

—Paséese usted,—dijo el señor Bonnet á Verónica paseando á lo largo de aquella terraza desde cuyo extremo se veían los Tascherón.—Me pertenece usted, y yo tengo que dar cuenta á Dios de su alma enferma.

—Deje usted primero que me reponga de mi abatimiento,—le dijo ella.

—Su abatimiento depende de meditaciones funestas,—repuso vivamente el sacerdote.

—Sí,—dijo ella con la sencillez del dolor que ha llegado á un punto en que no se tienen ya miramientos.

—Ya lo veo; ha caído usted en el abismo de la indiferencia,—exclamó él.—Sé perfectamente que, si existe un grado de sufrimiento físico en que el pudor expira, existe también un grado de sufrimiento moral en que la energía del alma desaparece.

Al encontrar en el señor Bonnet aquellas sutiles observaciones y aquella tierna piedad, Verónica quedó asombrada; pero, como hemos visto ya, la exquisita delicadeza de aquel hombre que no habia sido alterada por ninguna pasión, le daba la ternura maternal de la mujer para aliviar los dolores de sus ovejas. Este *mens divinior*, esta ternura apostólica, pone al sacerdote por encima de los demás hombres, y lo constituye en un ser casi divino. La señora Graslin no habia tratado bastante al señor Bonnet para que hubiese podido apreciar aquella belleza oculta como un manantial en el alma, belleza de donde proceden la frescura, la gracia y la verdadera vida.

—¡Ah! ¡señor!—exclamó Verónica entregándose al

sacerdote por medio de un gesto y una mirada parecidos á los de los moribundos.

—Le escucho á usted,—le dijo el cura.—¿Qué hacer? ¿qué va á ocurrir?

Y anduvieron en silencio á lo largo de la balaustrada y en dirección á la llanura. Este solemne momento pareció propicio á aquel portador de buenas nuevas, á aquel hombre del evangelio.

—Suponeos delante de Dios; ¿qué le diriais?—le dijo en voz baja y misteriosamente.

La señora Graslin se quedó como herida por un rayo, se estremeció ligeramente y le respondió con una sencillez y un acento que hicieron asomar las lágrimas á los ojos del cura.

—Le diría como Jesucristo: «¡Padre mío, me abandónais!»

—¡Oh Magdalena! esa es la palabra que esperaba de usted,—exclamó el señor Bonnet, que no podía menos de admirarla.—Ya ve usted cómo recurre á la justicia de Dios, y cómo la invoca. Escúcheme usted, señora. La religión es, por anticipación, la justicia divina. La Iglesia se ha reservado el juicio de todos los procesos del alma. La justicia humana es una débil imagen de la justicia celeste; aquélla no es más que una pálida imitación de ésta aplicada á las necesidades de la sociedad.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que usted no puede ser juez de su propia causa, ni puede relevar á Dios,—dijo el sacerdote;—ni tiene derecho para condenarse ni para absolverse. Dios, hija mía, es un gran revisor de procesos.

—¡Ah!—exclamó ella.

—Ve el origen de las cosas allí donde nosotros no hemos visto más que las cosas mismas.

Verónica se detuvo sorprendida por aquellas ideas nuevas para ella.

—A usted, cuya alma es tan grande, debo dirigirle palabras distintas de las que dirijo á mis humildes feligreses,—repuso el animoso sacerdote.—Usted, cuya inteligencia es tan cultivada, puede elevarse hasta conocer el sentido divino de la religión católica, expresado con imágenes y con palabras á los ojos de los pequeños

\* se refiere a pequeños de estatura  
indultos.

y de los pobres. Escúcheme usted bien, porque se trata aquí de usted, y, á pesar de la extensión del punto de vista en que voy á colocarme por un momento, tenga entendido que nos ocuparemos de su propia causa. El *derecho*, inventado para proteger la sociedad, está basado en la igualdad. La sociedad, que no es más que un conjunto de hechos, está basada en la desigualdad. Existe, pues, un desacuerdo entre el hecho y el derecho. ¿Debe marchar la sociedad reprimida ó favorecida por la ley? En otros términos, ¿debe la ley oponerse al movimiento interior social para mantener la sociedad, ó debe sujetarse á este movimiento para conducirla? Desde que existen sociedades ningún legislador se ha atrevido á decidir esta cuestión. Todos los legisladores se han contentado con analizar los hechos, indicar los que les han parecido laudables ó criminales, é imponerles recompensas ó castigos. Tal es la ley humana: no tiene ni medios de prevenir las faltas ni medios de evitar que reincidan en ellas los ya castigados. La filantropía es un sublime error, atormenta inútilmente el cuerpo, y no produce el bálsamo que cura el alma. La filantropía engendra proyectos, emite ideas, confiando su ejecución al hombre, al silencio, al trabajo, á las consignas, á cosas mudas y sin poder. La religión ignora estas imperfecciones, pues ha llevado la vida más allá de este mundo. Considerándonos á todos como caídos y en un estado de degradación, ha abierto un inagotable tesoro de indulgencia; más ó menos, todos estamos abocados á caer en el pecado, nadie es infalible; la Iglesia concibe las faltas y hasta los crímenes. Allí donde la sociedad ve un criminal que separar de su seno, la Iglesia ve un alma que salvar. Mejor inspirada por Dios, á quien estudia y contempla, la Iglesia admite la desigualdad de fuerzas y estudia la desproporción de cargas. Si os encuentra desiguales de corazón, de cuerpo, de inteligencia, de actitud, de valor, os iguala á todos con el arrepentimiento. Aquí, señora, la igualdad no es más que una palabra vana, pues podemos ser y somos todos iguales con los sentimientos. Desde el fetichismo informe de los salvajes, hasta las graciosas invenciones de la Grecia, y de las profundas é ingeniosas doctrinas del Egipto, de las Indias, traducidas por cultos

risibles ó terribles, existe en el hombre la convicción de su caída, de su pecado, que es de donde proviene en todas partes la idea de los sacrificios y de la redención. La muerte del Redentor que rescató al género humano es la imagen de lo que tenemos que hacer nosotros mismos; ¡redimamos nuestras faltas! ¡redimamos nuestros errores! ¡redimamos nuestros crímenes! Todo es redimible; el catolicismo se basa en esta palabra, y de ahí provienen todos sus adorables sacramentos que ayudan al triunfo de la gracia y sostienen al pecador. Señora, llorar y gemir como la Magdalena en el desierto no es más que el principio, obrar es el fin. Los misioneros lloraban y obraban, lloraban y civilizaban; ellos han sido los medios activos de nuestra divina religión. Los monasterios construyeron, plantaron y cultivaron la Europa, al mismo tiempo que salvaban el tesoro de nuestros conocimientos y de la justicia humana, de la política y de las artes. Siempre se conocerá en Europa el sitio que ocuparon estos radiantes centros. La mayor parte de las ciudades modernas son hijas de un monasterio. Si cree usted que Dios ha de tener que juzgarla, la Iglesia le dice por mi voz que todo puede redimirse con las buenas obras y el arrepentimiento. Las grandes manos de Dios pesan á la vez el mal que se hizo y el valor de los beneficios llevados á cabo. Constituya usted sola el monasterio y podrá reproducir aquí los milagros. Sus oraciones deben ser los trabajos. De sus trabajos debe manar la dicha de aquellos que son inferiores á usted, por su fortuna y por su inteligencia, todo, hasta esta posición natural, imagen de su situación social.

Cuando decía estas últimas palabras, el sacerdote y la señora Graslin volvieron sobre sus pasos, y entonces pudo el cura mostrarle la aldea situada en la parte baja de la colina y el castillo que dominaba el paisaje. Eran las cuatro y media. Los amarillos rayos del sol envolvían la balastrada y los jardines, iluminaban el castillo, hacían brillar sus dorados adornos y alumbraban la vasta llanura dividida por la carretera, triste tinta grisácea que carecía de ese festón que forman los árboles á ambos lados de la mayor parte de los caminos. Cuando Verónica y el señor Bonnet llegaron al casti-

llo, pudieron ver el bosque de Montegnac acariciado en aquel momento por algunos rayos de sol que penetraban en él. Aunque estos últimos rayos de sol poniente no tocaban más que en las cimas, permitían ver desde la colina en que está situado Montegnac hasta el primer pico de la cordillera correziana, los caprichos del magnífico paisaje que ofrece un bosque en otoño. Las encinas parecen masas de bronce florentino; los nogales y los castaños mostraban sus tonos de un verde grisáceo; los arbustos brillaban con su follaje de oro, y todos estos colores estaban matizados por las manchas grises que ofrecían los terrenos incultos. Los troncos de los árboles, completamente desnudos, parecían blancas columnatas. Estos colores rojizos, leonados y grises, artísticamente fundidos por los pálidos reflejos del sol de octubre, estaban en armonía con aquella fértil llanura, con aquel inmenso barbecho, verduco como el agua de un estanque. Un pensamiento del sacerdote iba á comentar aquel hermoso, aunque mudo espectáculo: ni un árbol, ni un pájaro, la muerte en la llanura, el silencio en el bosque; aquí y allí algunas nubes de humo que salían de las cabañas de la aldea. El castillo parecía sombrío como su dueña. Por una ley singular, el aspecto de una casa suele estar en armonía con el que vive en ella, pues su espíritu parece animarla. La señora Graslin, sorprendida con las palabras del sacerdote, tocada en el corazón por la convicción, atacada su ternura por el timbre angelical de aquella voz, se detuvo de repente. El cura tendió el brazo y le mostró el bosque. Verónica lo miró.

—¿No encuentra usted alguna semejanza entre ese bosque y la vida social? ¡Cada uno tiene su destino propio! ¡Cuántas desigualdades en esa masa de árboles! ¡Los que más han crecido carecen de tierra vegetal y de agua, y son los primeros en morir!

—Los hay también que mueren en la flor de la juventud cortados por la *podadera* de la mujer que va á buscar leña al bosque,—dijo Verónica con amargura.

—No piense usted de ese modo,—repuso el cura severamente aunque con indulgencia.

Verónica, que era poco sensible á las rarezas de la naturaleza forestal, fijó por obediencia sus ojos

en el bosque y después miró con amabilidad al cura.  
—¿No ve usted líneas que denotan que los árboles de todas las especies están aún verdes?—dijo adivinando en aquella mirada la ignorancia de Verónica.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¿Por qué?

—Allí,—repuso el cura,—se encuentra la fortuna de Montegnac y la vuestra, una inmensa fortuna que yo había hecho notar al señor Graslin. Ya ve usted los surcos de tres valles, cuyas aguas se pierden en el torrente del Gabou. Este torrente separa el bosque de Montegnac del concejo que linda, por esta parte, con el nuestro. Dicho torrente, que está muy seco en septiembre y octubre, da mucha agua en noviembre. Esta agua, cuya masa podría aumentarse fácilmente con trabajos hechos en el bosque, á fin de que no se perdiese nada y de reunir los más pequeños manantiales, esta agua, repito, no sirve para nada. Pero haga usted entre las dos colinas del torrente uno ó dos malecones para retenerla y conservarla, como ha hecho Riquet en Saint-Ferreol, en donde construyó inmensos receptáculos para alimentar el canal de Languedoc, y verá como, con las aguas hábilmente distribuidas en los regueros para que alimentasen en tiempo oportuno nuestras tierras y nuestro riachuelo, logrará usted fertilizar esta inculta llanura. Tendrá usted hermosos árboles á lo largo de sus canales, y alimentará ganado en las praderas más hermosas. ¿Qué es la hierba? Sol y agua. Nuestras llanuras tienen tierra bastante para cubrir las raíces de las hierbas; las aguas originarán el rocío que ha de fecundar el suelo; los álamos se alimentarán y atraerán las nubes, cuyos principios serán absorbidos por todas las plantas: tales son los secretos de la plantación en los valles. Llegará un día en que verá usted vida, alegría y movimiento, allí donde reina el silencio y donde la mirada se entristece con la infecundidad. ¿No será esta una hermosa plegaria? ¿No ocuparán estos trabajos vuestra ociosidad mejor que vuestros pensamientos melancólicos?

Verónica estrechó la mano del cura, y sólo pronunció esta gran palabra.

—Se hará, padre mío.

—Ya veo que usted concibe todo esto, pero no lo ejecuta.

cutará,—repuso el sacerdote.—Ni usted ni yo tenemos los conocimientos necesarios para llevar á cabo un pensamiento que puede ocurrirsele á todos, pero que ofrece dificultades inmensas, porque, aunque sencillas y casi escondidas, estas dificultades exigen los más exactos auxilios de la ciencia. Busque usted, pues, desde hoy los instrumentos humanos que han de contribuir á que dentro de doce años obtenga seis ó siete mil luses de renta con las seis mil fanegas de tierra que fertilizará de este modo. Este trabajo contribuirá á que Montegnac llegue á ser algún día uno de los ayuntamientos más ricos del departamento. El bosque no os da nada aún; pero la especulación vendrá tarde ó temprano á buscar esas magnificas maderas, que son tesoros amontonados por el tiempo, únicos cuya producción no puede el hombre ni apresurar ni reemplazar. Acaso llegue un día en que el Estado mismo procure medios de transporte para este bosque, cuyos árboles pueden ser útiles á su marina; pero esperará á que la población de Montegnac decuplicada exija su protección, pues el Estado es como la fortuna, sólo favorece al rico. Llegado este tiempo, esta tierra será una de las más hermosas de Francia, constituirá el orgullo de vuestro nieto, y acaso encuentre el castillo mezquino comparado con sus rentas.

—Efectivamente, ese proyecto es un hermoso recurso para mi vida,—dijo Verónica.

—Semejante obra puede redimir muchas faltas,—dijo el cura.

Al ver que le había comprendido, procuró impresionar con un último golpe la inteligencia de aquella mujer: había adivinado que en ella la inteligencia mandaba al corazón; mientras que en las otras mujeres ocurre lo contrario, el corazón guía á la inteligencia.

—¿Sabe usted cuál es su error?

Ella le miró tímidamente.

—Su arrepentimiento no es aún nada más que el sentimiento de una derrota sufrida; lo que es horrible es la desesperación de Satán, y tal era sin duda el arrepentimiento de los hombres antes de Jesucristo; pero nuestro arrepentimiento, ó sea el de los católicos, es el espanto que un camino inspira á un alma que ha choquado con el mal camino, y á la que, en este choque,

Dios se ha revelado. Usted se parece al Orestes pagano, ¡convírtase en un san Pablo!

—Su palabra acaba de cambiarme por completo,—exclamó ella.—¡Oh! ahora, ahora quiero vivir.

—La inteligencia ha vencido,—dijo el modesto sacerdote, que se marchó muy contento.

El señor Bonnet había alimentado la secreta desesperación que devoraba á la señora Graslin, dando á su arrepentimiento la forma de una acción buena y hermosa.

Al día siguiente mismo Verónica escribió al señor Grossetete. Algunos días después recibió de Limoges tres caballos enviados por aquel viejo amigo. El señor Bonnet procuró á Verónica, que se lo había pedido, al hijo del jefe de la posta, joven que se consideraba muy feliz con ponerse al servicio de la señora Graslin y poder ganar cincuenta escudos. Este joven, de cara redonda, ojos y cabellos negros, llamado Mauricio Champion, agradó á Verónica, que utilizó inmediatamente sus servicios. Tenía que acompañar á su ama en las excursiones y cuidar los caballos de silla.

El guarda general de Montegnac era un sargento de la guardia real, nacido en Limoges, y que había sido enviado á Montegnac por el duque de Navarreins para que estudiase el valor de las tierras y le transmitiese sus informes, á fin de saber el partido que se podía sacar de ellas. Jerónimo Colorat no vió allí más que tierras incultas é infértiles, maderas inexplotables á causa de la dificultad de los transportes, un castillo ruinoso y una enormidad de gastos que hacer para el restablecimiento de habitaciones y jardines. Asustado ante todo con los claros sembrados de rocas graníticas que manchaban de trecho en trecho aquel inmenso bosque, este probó pero inteligente servidor fué la causa de que se vendiese esta hacienda.

—Colorat,—dijo la señora Graslin á su guarda después de haberle hecho comparecer,—á partir de mañana es muy probable que monte á caballo todos los días. Usted debe conocer las diferentes tierras que dependen de este dominio y las que adquirió más tarde el señor Graslin, y deseo que me las indique, pues quiero visitarlas en persona.

Los habitantes del castillo supieron con alegría el

cambio que se operaba en la conducta de Verónica. Sin que hubiese recibido orden para ello, Alina buscó la antigua amazona negra de su ama y la puso en estado de servir. Al día siguiente, la Sauviat experimentó una gran alegría cuando vió á su hija vestida para montar á caballo. Guiada por su guarda y Champión, que iban consultando sus recuerdos, pues apenas había senderos en aquellas montañas inhabitadas, la señora Graslin se tomó el trabajo de recorrer únicamente las cimas que dominaban sus bosques, á fin de conocer las vertientes y familiarizarse con las torrenteras, que eran los caminos naturales que marcaban aquella larga arista. Quería medir su labor, y estudiar la naturaleza de las corrientes para ver de hallar los elementos necesarios para la empresa señalada por el cura y seguía á Colorat, que iba delante. Champión iba algunos pasos detrás de ella.

Mientras caminó por las partes llenas de árboles, subiendo y bajando esas ondulaciones del terreno que tanto abundan en las regiones de Francia, Verónica quedó sorprendida con las maravillas del bosque. Había allí árboles seculares que la llenaron de asombro al principio, y con los que llegó á familiarizarse por fin; después elevados oquedales, en donde se veían algunos de esos arbustos que, enanos en todas partes, alcanzaban allí desarrollos gigantescos y eran tan antiguos como el suelo mismo. No dejó de sentir una sensación inexplicable al ver una densa nube rodando sobre las desnudas rocas. Observaba detenidamente los surcos blanquecinos formados por los arroyos que provenían de la nieve fundida, y que de lejos carecían de cicatrices. Después de haber atravesado una garganta sin vegetación, pudo admirar en los flancos de una colina pedregosa multitud de castaños seculares, tan derechos como los abetos de los Alpes. La rapidez de su carrera le permitió abrazar, casi á vista de pájaro, tan pronto vastas arenas, barrancos provistos de árboles, granitos desprendidos, rocas que parecían dispuestas á caer, oscuros vallecitos, grandes espacios llenos de matorrales verdes aún y otros que estaban ya secos; como ásperas soledades en donde crecían enebros y alcaparros, y praderas con hierba corta; en una palabra,

las tristezas, los esplendores, las cosas suaves y fuertes y los raros espectáculos de la naturaleza montañosa del centro de Francia. Y á fuerza de ver estos cuadros diferentes por su forma, pero animados del mismo pensamiento, la profunda tristeza expresada por aquella naturaleza salvaje y arruinada á la par, abandonada é infértil, se apoderó de ella y respondió á sus ocultos sentimientos. Y cuando por una escotadura del terreno pudo contemplar las llanuras á sus pies, cuando tuvo que subir alguna árida torrentera entre cuyas arenas y piedras habían brotado raquíuticos arbustos, cosa que ocurría con frecuencia, el espíritu de aquella naturaleza austera le llamó la atención, sugiriéndole observaciones nuevas para ella, y provocadas por las significaciones de estos diversos espectáculos. No hay un lugar del bosque que no tenga su significación, ni un claro, ni una espesura que no presente analogías con el laberinto de los pensamientos humanos. ¿Existe alguna persona de inteligencia cultivada ó cuyo corazón haya sufrido amarguras, que pueda pasear por un bosque sin que éste le hable? Insensiblemente oímos en nuestro interior una voz consoladora ó terrible, aunque más frecuentemente suele ser ésto que aquéllo. Si se buscasen bien las causas de la sensación grave, sencilla y misteriosa que se apodera de uno, acaso se encontraría en el espectáculo sublime é ingenioso de todas aquellas criaturas obedeciendo á sus destinos é inmutablemente sometidas á ellos. Tarde ó temprano, el aplastador sentimiento de la permanencia de la naturaleza os llena el corazón, os remueve profundamente, y acabáis por pensar en Dios. De este modo fué como Verónica recogió en el silencio de las cimas, en el perfume de los bosques, en la serenidad del aire, la certidumbre de una clemencia augusta, y así se lo manifestó por la noche al señor Bonnet. Entrevió la posibilidad de un orden de hechos más elevados que aquel en que hasta entonces habían rodado sus sueños. Sintió una especie de dicha. Hacía ya mucho tiempo que no había gozado de tanta tranquilidad. ¿Debiase este sentimiento á la semejanza que encontraba entre estos paisajes y los lugares agotados y desecados de su alma? ¿Le habían causado alegría aquellos disturbios de la naturaleza,

pensando que la materia estaba castigada allí á pesar de no haber pecado? Era indudable que estaba poderosamente emocionada; pues, en varias ocasiones, Colorat y Champión creyeron observar en ella una transfiguración. En un cierto lugar, Verónica vió en las pronunciadas pendientes de los torrentes un no sé qué de severo. De pronto se vió sorprendida por un vivo deseo de escuchar el ruido que hacían las aguas al correr por aquellas ardientes torrenceras. «¡Amar siempre!» pensó ella. Avergonzada de esta palabra, que le pareció que le había sido apuntada por una voz, lanzó temerariamente su caballo hacia el primer pico de la Correze, y llegó allí á pesar del consejo de sus dos guías. Llegó sola á la cima del pico llamado Roca-Viva, y permaneció allí algunos instantes contemplando todo el país. Después de haber oído la secreta voz de todas aquellas creaciones que le mandaban vivir, recibió una impresión que la determinó á desplegar para su obra aquella perseverancia tan admirada y de que tantas pruebas había dado. Ató la brida de su caballo á un árbol, fué á sentarse sobre una roca, dejando errar sus miradas por aquel espacio en que la naturaleza se mostraba madrastra, y sintió de nuevo en su corazón los sentimientos maternales que había experimentado en otro tiempo contemplando á su hijo. Preparada para recibir la sublime instrucción que procuraba este espectáculo por medio de las meditaciones casi involuntarias que, según su hermosa expresión, habían purgado su corazón, despertó de una especie de letargo. «Entonces comprendí,—dijo después al cura,—que nuestras almas debían ser cultivadas lo mismo que la tierra.»

Aquella vasta escena estaba alumbrada por el pálido sol del mes de noviembre. Algunas nubes negruzcas, empujadas por un viento frío, venían ya del oeste. Eran las tres próximamente. Verónica había echado cuatro horas para llegar allí; pero, como todos aquellos que están devorados por un pesar íntimo, no hacía caso alguno de las circunstancias exteriores. En este momento era indudable que se agrandaba su vida con el movimiento sublime de la naturaleza.

—No permanezca usted por más tiempo aquí, señora,—le dijo un hombre cuya voz le hizo estremecer.—Des-

pues no podría volver á ninguna parte, pues está usted á más de dos leguas de distancia de toda habitación; por la noche el bosque es intransitable; pero estos peligros no son nada en comparación de los que le esperan aquí. Dentro de algunos instantes hará en este pico un frío mortal cuya causa es desconocida y que ha matado ya á varias personas.

La señora Graslin vió debajo de ella un rostro casi negro en donde brillaban dos ojos que parecían de fuego. Por ambos lados de aquel rostro caían abundantes mechones de cabellos negros, y debajo se veía una barba negra también. El hombre sostenía respetuosamente uno de esos enormes sombreros de anchas alas que llevan los aldeanos del centro de Francia, y mostraba una de esas frentes despejadas con las que llaman la atención á veces algunos pobres. Verónica no se asustó nada, pues se hallaba en una de esas situaciones en que cesan para las mujeres todas las consideraciones que las hacen miedosas.

—¿Cómo se encuentra usted aquí?—le preguntó ella.

—Porque mi habitación está á muy poca distancia de este lugar,—respondió el desconocido.

—Y ¿qué hace usted en este desierto?—le preguntó Verónica.

—Vivo aquí.

—Pero ¿cómo y de qué?

—Me dan un pequeño sueldo por guardar toda esta parte del bosque,—dijo mostrando la vertiente del pico opuesta á la que miraba á Montagnac.

La señora Graslin vió entonces el cañón de una escopeta y un morral. Si hubiese tenido miedo, desde aquel momento habrían cesado sus temores.

—¿Es usted guarda?

—No, señora; para ser guarda es preciso prestar juramento, y para prestarlo es necesario gozar de todos los derechos civiles...

—¿Quién es usted, pues?

—Soy Farrabesche,—dijo el hombre con una profunda humildad y clavando los ojos en tierra.

La señora Graslin, á la que este nombre no decía nada, miró á aquel individuo y observó su rostro, excesivamente dulce, aunque mostraba signos de oculta fe-

rocidad; sus dientes torcidos imprimían un sesgo lleno de ironía y de audacia á la boca, cuyos labios eran de un color rojo muy vivo; sus pómulos morenos y salientes ofrecían un no sé qué de animal. Este hombre tenía una estatura mediana, anchas espaldas, cuello muy corto, era gordo y poseía esas manos anchas y velludas propias de esa gente forzuda y capaz de abusar de las ventajías de una naturaleza bestial. Por otra parte, sus últimas palabras anunciaban algún misterio al que su actitud, su fisonomía y su persona, le daban un sentido terrible.

—¿De modo que está usted á mi servicio?—le dijo Verónica con voz dulce.

—¿Tengo acaso el honor de hablar con la señora Graslin?—dijo Farrabesche.

—Sí, amigo mío,—respondió ella.

Farrabesche desapareció con la rapidez de una bestia feroz, después de haber dirigido á su ama una mirada llena de terror.

Verónica se apresuró á montar á caballo y fué á unirse á sus dos criados que empezaban ya á inquietarse por ella, pues todos los naturales del país conocían la insalubridad de la Roca Viva. Colorat rogó á su dueña que descendiese por el vallecito que conducía á la llanura diciéndole:

—Sería peligroso volver por las alturas, cuyos caminos, que eran tortuosos ya de por sí, se cruzaban con otros, y en donde, á pesar de mi conocimiento del país, podríamos perdernos.

Una vez en la llanura, Verónica acertó el paso de su caballo.

—¿Quién es ese Farrabesche que tiene usted á su servicio?—le preguntó al guarda general.

—¿Le ha encontrado acaso la señora?

—Sí; pero se ha escapado.

—¡Pobre hombre! es porque no sabe cuán buena es usted.

—Pero bueno, ¿qué ha hecho?

—Señora, Farrabesche es un asesino,—respondió sencillamente Champión.

—¿Y á él lo han indultado?—preguntó Verónica con voz emocionada.

—No, señora,—respondió Colorat.—Farrabesche fué juzgado por la audiencia, y, habiendo sido condenado á diez años de trabajos forzados, cumplió la mitad de la condena, obtuvo el indulto de la otra mitad, y ha vuelto del presidio el 1827. Debe la vida al señor cura, que le convenció de que debía entregarse. Condenado á muerte en rebeldía, tarde ó temprano lo hubiesen cogido, y en ese caso lo hubiera pasado muy mal. El señor cura Bonnet fué á verlo en persona con riesgo de su vida. No se sabe lo que le diría á Farrabesche; pero el caso es que permanecieron juntos durante dos días, y al tercero se lo llevó á Tulle, en donde el condenado se entregó. El señor Bonnet fué á ver á un buen abogado y le recomendó la causa de Farrabesche; y habiendo sido condenado á diez años de trabajos forzados, el señor cura fué á visitarle varias veces á la cárcel. Este hombre, que era el terror del país, se hizo manso como un cordero y permitió tranquilamente que lo llevaran á presidio. A su vuelta vino á establecerse aquí bajo la dirección del señor cura; no se mete con nadie, y va todos los domingos y días de fiestas á los oficios y á la misa. Aunque podría colocarse á nuestro lado, se mantiene solo en un rincón de la iglesia. Hace sus devociones de cuando en cuando; pero en la comunión procura también ponerse separado de todo el mundo.

—¿Y este hombre ha matado á otro?

—¡Uno!—dijo Colorat.—Ha matado á muchos; pero no por eso deja de ser un buen hombre.

—¿Es posible?—dijo Verónica, que en su estupor dejó caer las bridas sobre el cuello de su caballo.

—Mire usted, señora,—repuso el guarda, que estaba deseando contar aquella historia,—Farrabesche tuvo razón en principio; él era el más pequeño de los Farrabesche, una antigua familia de Correze. Su hermano mayor, el capitán Farrabesche, murió hace diez años en Italia, en Montenotte, á los veintidós años de edad. ¿No era esto tener mala suerte? Un hombre que tenía medios, que sabía leer y escribir, y que prometía llegar á general. Esto causó un gran disgusto en la familia, y, á decir verdad, ya era motivo para disgustarse. Yo, que en aquella época estaba con un hermano suyo, oí hablar de su muerte. ¡Oh! el capitán Farrabesche tuvo

una muerte gloriosa, pues salvó al ejército y al general. Yo servía ya á las órdenes del general Steingel, un alemán, es decir, un alsaciano, un general famoso, pero corto de vista, y á quien este defecto causó la muerte, que ocurrió algún tiempo después de la del capitán Farrabesche. El hermano pequeño, que era éste, tenía seis años cuando oyó hablar de la muerte de su hermano mayor. Su segundo hermano servía también, pero como soldado. Murió en la batalla de Austerlitz siendo sargento del primer regimiento de la guardia, un bonito puesto. Mire usted, señora, en Austerlitz se maniobró con la misma tranquilidad que en las Tullerías... Yo también he estado allí. ¡Oh! yo he tenido mucha suerte, pues he sido de todo y nunca me han herido. A nuestro Farrabesche, aunque es valiente, se le metió en la cabeza no ir al servicio. A decir verdad, el ejército no tenía nada de sano para esta familia. Cuando el subprefecto le llamó á las filas en 1811, huyó al bosque y fué declarado prófugo. En aquella época se unió á una partida de bandoleros, no sé si de grado ó por fuerza; pero lo cierto es que se unió. Ya comprenderá usted que á no ser el señor cura, nadie sabe lo que hizo en compañía de aquellos perros, y dispéñeme la expresión. Se ha batido muchas veces con los gendarmes y con la tropa, y ha tenido más de siete encuentros.

—Todo el mundo dice que ha matado tres soldados y dos gendarmes,—dijo Champión.

—Eso nadie lo sabe, porque él no lo ha dicho á nadie,—repuso Colorat.—En fin, señora, que casi todos los otros fueron hechos prisioneros; pero él, ¡qué diablo! joven y ágil y conociendo el país mejor que nadie, logró siempre escapar. Estos salteadores se mantenían en los alrededores de Brives y de Tulle; movidos por la facilidad que Farrabesche tenía para procurarles escondite, se corrían á veces hasta aquí. En 1814 nadie se ocupó ya de él. Las quintas quedaron abolidas; pero él se vió obligado á pasar el año 1815 en el bosque. Como tenía pocos medios de vida, aun ayudó algunas veces á atacar al correo allá en la garganta; pero, en fin, según la opinión del señor cura, ya está libre. En la causa no fué fácil encontrar testigos, pues nadie se atrevió á declarar en contra de él. Por esta época su abogado y el

señor cura hicieron tanto por él, que fué condenado únicamente á diez años. Después de haber quemado ha tenido suerte, porque es indudable que él ha quemado.

—Y ¿qué es eso de quemar?

—Señora, si melo permite usted, yo selo contaré, como me lo han contado á mí, pues ya comprenderá usted que yo no he quemado nunca. El hecho no puede ser más bestial, pero la necesidad no conoce leyes. Se reunían siete ú ocho y asaltaban la casa de algún cortijero reputado de tener dinero; encendían fuego, cenaban á media noche y después, á los postres, si el dueño de la casa no quería darles la suma que le pedían, le ataban los pies á la cadena del fogón, y no le desataban hasta después de haber recibido el dinero. Iban enmascarados. Entre el número de sus atentados los hubo terribles. ¡Qué diablo! siempre se encuentran gentes obstinadas ó avaras. Un cortijero, el tío Cohegrue, que tenía el riñón bien cubierto, se dejó quemar los pies, y el hombre murió de aquello. La mujer del señor David murió á consecuencia del susto que le dió esta gente y al ver que le ataban los pies á su marido. «Dales lo que tienes»,—le decía ella.—El marido no quería, y entonces ella les enseñó el escondite. Los quemadores han sido el terror del país durante cinco años; pero tenga usted entendido, señora, que más de un hijo de buena casa formaba parte de la banda, aunque no fueron éstos los que se dejaron nunca sorprender.

La señora Graslin escuchaba sin responder. Hubo un momento de silencio. El pequeño Champión, deseoso de distraer á su ama, quiso decir lo que sabía de Farrabesche.

—Hay que decir también, señora, que Farrabesche no tiene igual corriendo á pie y á caballo. ¡Mata un buey de un puñetazo, y nadie le iguala en fuerzal! Cuando yo era pequeño me contaban las aventuras de Farrabesche. Un día fué sorprendido con tres de sus compañeros: se batieron, y dos quedaron heridos y el tercero muerto. ¡Bueno! Farrabesche cae prisionero; pero no le importa, salta á la grupa del caballo de un gendarme, pica espuelas, y el animal sale escapado, y desaparece llevando al gendarme abrazado; lo apretaba tan fuerte, que al llegar á cierta distancia pudo arro-

jarlo al suelo, quedarse solo y evadirse con el caballo. ¡Y tuvo la desfachatez de ir á venderlo á diez leguas más allá de Limoges! Después de éste golpe permaneció escondido tres meses sin que nadie supiese nada de él. Habíase prometido cien luises al que lo entregase.

—A propósito de los cien luises,—dijo Colorat,—llegó un día en que se propuso hacerle ganar esa cantidad á un primo suyo, á Girix de Vizaig. Su primo lo denunció y fingió entregarlo. ¡Oh! y lo entregó. Los gendarmes estaban contentísimos cuando lo llevaban á Tulle. Pero no fué muy lejos, pues tuvieron que encerrarlo en la prisión de Lubersac, de donde se evadió la primera noche aprovechándose de un agujero que había hecho uno de sus cómplices, un tal Gabilleau, un desertor que fué ejecutado en Tulle y que sufrió un traslado de prisión la víspera de la noche que contaba escaparse. Estas aventuras daban á Farrabesche una fama terrible. Ya comprenderá usted que la cuadrilla tenía sus confidentes. Por otra parte, no faltaba quien quería á los *quemadores*. ¡Ah! ¡Diantre! esas gentes no eran como las de hoy, pues cada uno de aquellos mocitos derramaba el dinero á manos llenas. Figúrese, señora, que una noche Farrabesche fué perseguido por los gendarmes; pues bien, esta vez se les escapó permaneciendo veinticuatro horas en el pantano de un cortijo y respirando por un tubo de paja que salía á flor de tierra. ¡Pero que es esta pequeña molestia para él, que ha pasado noches enteras en la cima de los árboles en que apenas podrían sostenerse los gorriones, viendo pasar y repasar debajo de él á los soldados que le buscaban! Farrabesche ha sido uno de los cinco ó seis *quemadores* á quienes la justicia no pudo coger; pero, como era del país y había huido para evitar la quinta, se vió obligado á reunirse con ellos; por otra parte, las mujeres estaban por él, y eso no es poco.

—Según eso, Farrabesche ha debido matar á mucha gente,—dijo la señora Graslin.

—¡Ya lo creo!—repuso Colorat,—según se dice, él fué el que mató á aquel viajero que iba en el coche correo en 1812; pero el postillón y zagal, únicos testigos que hubiesen podido reconocerle, habían muerto ya cuando se celebró el juicio oral.

—¿Y lo mató para robarle?—dijo la señora Graslin.

—¡Oh! le cogieron todo lo que llevaba; pero los veinticinco mil francos que buscaban los había depositado él en el gobierno.

La señora Graslin caminó silenciosamente durante una legua. El sol se había puesto, la luna alumbraba la grisácea llanura. Hubo un momento en que Champión y Colorat miraron á la señora Graslin, cuyo profundo silencio les inquietaba, y ambos experimentaron una violenta sensación al ver en sus carrillos dos brillantes surcos, producidos por la abundancia de las lágrimas; tenía los ojos rojos y llenos del llanto que caía gota á gota.

—¡Oh! señora,—dijo Colorat,—no lo compadezca usted! El mozo ha pasado buenos tiempos, ha tenido buenas queridas, y ahora, aunque lo vigila la policía, está protegido por la estimación y la amistad del señor cura; pues está arrepentido y su conducta en presidio ha sido ejemplarísima. Todo el mundo sabe que es tan honrado como el más honrado de nosotros; únicamente que es orgulloso, no quiere exponerse á recibir ningún desprecio, y vive tranquilamente haciendo el bien á su manera. Os ha puesto al otro lado de la Roca-Viva unas diez fanegas de semilleros; planta en el bosque en aquellos sitios en donde ve probabilidades de que nazca un árbol; poda los árboles, recoge leña seca, forma haces con ella y la tiene á disposición de los pobres. Todos los pobres, como tienen la seguridad de que él les dará leña, van á pedirselo en lugar de robarla y de hacer daño en vuestros bosques: de modo que hace todo el bien que puede. Farrabesche ama á vuestro bosque y le cuida como si fuese suyo.

—¿Y vive... solo?—exclamó la señora Graslin, apresurándose á añadir la última palabra.

—No, señora, cuida á un muchachito que tiene unos quince años,—dijo Mauricio Champión.

—Sí,—dijo Colorat,—tendrá esa edad próximamente, porque la Curieux tuvo ese niño algún tiempo antes de que Farrabesche se hubiese entregado.

—¿Es hijo suyo?—preguntó la señora Graslin.

—Si no lo es, al menos todo el mundo lo cree.

—Y ¿por qué no se casó con esa muchacha?

—¿Y cómo? ¡lo hubieran cogido! Así es que cuando la Curieux supo que lo habían condenado, la pobre muchacha se marchó del país.

—¿Era bonita?

—¡Oh!—dijo Mauricio.—Mi madre asegura que se parecía mucho á otra muchacha que... ¡ved qué casualidad! también ha dejado el país, á Dionisia Tascherón.

—¿Y lo quería?—dijo la señora Graslin.

—Sí, porque era un salteador,—dijo Colorat,—y las mujeres aman lo extraordinario. Sin embargo, nada ha llamado tanto la atención en el país como estos amores. Catalina Curieux vivía honradamente como una virgen, pasaba por una perla de virtud en su aldea, en Vizay, que está situada en la frontera de dos departamentos. Su padre y su madre son allí cortijeros de los señores Brezac. La Catalina Curieux tenía unos diez y siete años cuando cogieron á Farrabesche. Los Farrabesche eran una antigua familia del mismo país, que vinieron á establecerse en los dominios de Montegnac. El padre y la madre de Farrabesche han muerto; pero las tres hermanas de la Curieux están casadas, una en Aubusson, otra en Limoges y la otra en Saint-Leonard.

—¿Cree usted que Farrabesche sabrá en dónde está Catalina?—preguntó la señora Graslin.

—Si lo supiese, rompería su destierro, ¡oh! sería capaz de ir... Tan pronto como salió del presidio, lo primero que hizo fué rogar al señor Bonnet que fuese á reclamar el niño á los padres de la Curieux, que cuidaban de él, cosa que obtuvo en seguida el señor cura.

—¿Nadie sabe lo que ha sido de ella?

—¡Bah!—dijo Colorat,—esa joven se creyó perdida y temió permanecer en el país. Se marchó á París. ¿Qué ha hecho allí? Nadie lo sabe, y el buscarla allí sería lo mismo que buscar una aguja entre los guijarros de esta llanura.

Colorat señalaba la llanura de Montegnac, desde lo alto de la cuesta que subía entonces la señora Graslin, que estaba ya á algunos pasos de la reja del castillo. La Sauviat, inquieta, Alina y los criados todos, la esperaban allí, sin saber á qué atribuir tan larga ausencia.

—¡Vaya!—dijo la Sauviat ayudando á su hija á des-

cender del caballo,—supongo que vendrás atrozmente cansada.

—No, madre mía,—dijo la señora Graslin con voz tan alterada, que la Sauviat miró á su hija y echó de ver entonces lo mucho que había llorado.

La señora Graslin entró en sus habitaciones con Alina, que tenía órdenes suyas para todo lo que concerniese á su vida interior; se encerró en su cuarto sin admitir allí ni á su madre, y cuando poco después quiso entrar la Sauviat, Alina dijo á la anciana auverñesa:

—La señora está dormida.

Al día siguiente apareció Verónica acompañada únicamente de Mauricio. Para llegar más pronto á la Roca-Viva, tomó el mismo camino por donde habían vuelto la vispera. Subiendo por el fondo de la garganta que separaba aquel pico de la última colina del bosque, pues, vista desde la llanura, la Roca-Viva parecía aislada, Verónica dijo á Mauricio que le indicase la casa de Farrabesche y que le esperase guardando los caballos; quiso ir sola. Mauricio la encaminó hacia un sendero que baja por la vertiente de la Roca-Viva, opuesta á la de la llanura, y le enseñó el tejado de ramas de una habitación perdida casi en aquella montaña, al pie de la cual se extendían los semilleros. Entonces eran las doce próximamente. Un ligero humo que salía de la chimenea indicaba la casa, adonde no tardó en llegar Verónica, aunque no se mostró de pronto. Al ver aquella modesta morada, situada en medio de una huerta cercada por un seto de espinos secos, permaneció durante algunos instantes entregada á pensamientos que sólo de ella fueron conocidos. En la parte baja del jardín existen algunas fanegas de praderas, cercadas también por un matorral, y en ellas se ven esparcidas las aplanadas cimas de los manzanos, de los perales y de los ciruelos. Encima de la casa, hacia la parte alta de la montaña en que el terreno es arenoso, se levantan las amarillentas cimas de un soberbio castañar. Al abrir la puerta, formada por unas tablas casi podridas, la señora Graslin vió una mesa, un pequeño corral, y todos los pintorescos y animados accesorios de las habitaciones del pobre, que no carecen de poesía en los campos. ¿Quién puede ver sin emoción las ropas blan-

cas tendidas en los setos, los manojos de cebollas colgados del techo, las cacerolas de hierro que se secan, el banco de madera al que da sombra la madreseiva, y los tallos de maíz en los tejados de las cabañas que se ven en casi todas las aldeas de Francia, y que revelan una vida humilde y casi vegetativa?

Verónica no pudo llegar á la casa de su guarda sin ser percibida, pues dos hermosos perros de caza empezaron á ladrar tan pronto como su vestido hizo ruido sobre las hojas secas; inmediatamente que ella echó de ver este ruido, puso en el brazo su larga cola y echó á andar hacia la casa. Farrabesche y su hijo, que estaban fuera de la casa sentados en un banco de madera, se levantaron y se descubrieron, guardando una actitud respetuosa, pero sin la menor apariencia de servilismo.

—He sabido,—dijo Verónica mirando con atención al niño,—que cuida usted mucho de mis intereses, y he querido ver por mi misma vuestra casa, los semilleros, y preguntarle la clase de mejoras que cree más conveniente hacer.

—Estoy á las órdenes de la señora,—respondió Farrabesche.

Verónica admiró á aquel niño que tenía un rostro encantador un poco tostado, moreno, pero muy regular, un óvalo perfecto, una frente de líneas muy puras, ojos anaranjados de excesiva vivacidad y cabellos negros, cortados por la frente, y largos por ambos lados de la cara. Más crecido de lo que suelen estar los niños á esta edad, este muchacho tenía una estatura de cinco pies. Su pantalón, lo mismo que su camisa, era de gruesa tela cruda; su chaleco, de grueso paño azul muy usado, estaba provisto de grandes botones de cuerno; llevaba una chaqueta de esa pana con que se visten los saboyanos, dándole graciosamente el nombre de terciopelo, gruesos zapatos herrados é iba sin medias. Este traje era exactamente igual al del padre, únicamente que Farrabesche llevaba un gran sombrero de fieltro de aldeano, y el niño usaba una gorra de lana gris. Aunque inteligente y animada, la fisonomía de este niño conservaba sin esfuerzo alguno la gravedad propia de las criaturas que viven en la soledad; se conocía

que se había visto obligado á poner su rostro en armonía con el silencio y la vida de los bosques. Así es que Farrabesche y su hijo estaban desarrollados, sobre todo, en su parte física, y poseían todas las cualidades del salvaje: una vista penetrante, una atención constante, un imperio seguro sobre sí mismos, el oído seguro, una agilidad visible y una inteligente destreza. En la primera mirada que el niño dirigió á su padre, la señora Graslin adivinó una de esas afecciones sin límites, y en que la dicha más completa confirma el querer del instinto y el examen del pensamiento.

—¿Es este el niño de quien me han hablado?—dijo Verónica señalando al muchacho.

—Sí, señora.

—¿No ha dado usted ningún paso para encontrar á su madre?—preguntó á Farrabesche haciéndole seña para que se retirase algunos pasos.

—La señora ignora, sin duda, que me está prohibido salir del concejo en que resido.

—Y ¿no ha tenido usted nunca noticias suyas?

—Al expirar mi condena,—respondió,—el comisario me entregó la cantidad de mil francos que había sido enviada en distintos plazos de tres en tres meses, suma que el reglamento tenía prohibido que se me entregase antes del día de mi salida. He pensado que Catalina era la única que podía pensar en mí, toda vez que no había sido el señor Bonnet; de suerte que he guardado esta suma para Benjamin.

—¿Y los padres de Catalina?

—No han pensado en ella desde su marcha. Por otra parte, ya hicieron bastante recogiendo al niño.

—Pues bien, Farrabesche,—dijo Verónica volviéndose hacia la casa,—yo haré de manera que sepamos si Catalina vive aún, en dónde está y qué género de vida hace.

—¡Oh! sea cualquiera el género de vida, señora,—exclamó con dulzura aquel hombre,—consideraré como una dicha el poder hacerla mi mujer. No es á mí á quien toca poner dificultades, sino á ella. Nuestro casamiento legitimaría á este pobre muchacho, que no sospecha aún su posición.

La mirada que dirigió el padre al hijo explicaba la vida de aquellos dos seres abandonados ó voluntaria-

mente aislados; vivían el uno para el otro, como dos compatriotas arrojados á un desierto.

—¿De modo que ama usted á Catalina?

—¡No la he de amar, señora, cuando en mi situación es la única mujer que se ha interesado por mí en el mundo!—le respondió.

La señora Graslin se volvió vivamente y se fué hasta el castañar, como si estuviese atacada de un dolor. El guarda creyó que lo hacía por capricho, y no se atrevió á seguirla. Verónica permaneció allí durante un cuarto de hora próximamente, ocupada en apariencia en contemplar el paisaje. Desde allí se veía toda aquella parte del bosque que puebla aquel lado del valle en donde corre el torrente, que estaba entonces seco, lleno de piedras, y que parecía un inmenso foso situado entre las montañas leñosas que dependen de Montegnac y otra cadena de colinas paralelas, aunque sin vegetación, pues están coronadas por algunos árboles raquíticos. Aquella otra cordillera en que crecen algunos abedules, enebros y matorrales, pertenece á un dominio vecino del departamento de Correze. Un camino vecinal, que sigue las desigualdades del valle, sirve de separación al distrito de Montengac y á las dos tierras. Este respaldo bastante ingrato y mal situado, termina, como si fuese una cerca, una hermosa parte del bosque que se extiende en la otra vertiente de aquella larga cadena de colinas, cuya aridez forma un contraste completo con aquella en que está situada la casa de Farrabesche. De una parte, formas ásperas y desagradables; del otro lado, formas graciosas y elegantes sinuosidades; en un lugar, la inmovilidad fría y silenciosa de las tierras infecundas, mantenidas por masas horizontales de tierra y por rocas desnudas y peladas; del otro árboles de diferentes verdes, cuya mayor parte carecían de follaje en este momento, aunque ostentaban hermosos troncos derechos, coloreados de diferente manera en cada pliegue del terreno y mecidos en este momento por un ligero viento. Algunos árboles, más persistentes que los otros, como las encinas, los olmos, las hayas y los castaños, conservaban sus hojas amarillas, bronceadas ó violáceas.

Hacia Montegnac, en donde el valle se ensancha des-

mesuradamente, estas dos cordilleras toman la forma de una herradura, y desde el lugar en que Verónica fué á apoyarse á un árbol, pudo ver los vallecitos dispuestos como las gradas de un anfiteatro, en donde las cimas de los árboles, unas más elevadas que las otras, parecían personajes. Este hermoso paisaje, que más tarde quedó unido á su parque, estaba ahora detrás de éste. De la parte de la cabaña de Farrabesche, el valle se estrecha cada vez más y acaba con un cuello de unos cien pies de anchura.

La belleza de esta vista, que los ojos de la señora Graslin contemplaban máquinalmente, la sacó bien pronto de sus meditaciones, y se dirigió hacia la casa en que el padre y el hijo permanecían de pie y silenciosos sin procurar indagar la singular ausencia de su dueña. Examinó la casa que, construida con más cuidado de lo que hacía suponer el tejado, había estado, sin duda, abandonada desde el tiempo en que los Navarreins dejaron de ocuparse de este dominio. Los guardas de nada sirven cuando no hay nada que guardar. Aunque esta casa estaba inhabitada desde hacía más de cien años, las paredes estaban bien conservadas; pero la yedra y las plantas trepadoras la habían invadido por todas partes. Cuando le concedieron permiso para vivir allí, Farrabesche cubrió el tejado como se cubre el de todas las cabañas, embaldosó él mismo el interior de la sala y llevó los muebles que pudo. Al entrar vió Verónica dos lechos de aldeano, un gran armario de nogal, una masera, un armario, una mesa, tres sillas, y sobre las tablas del armario algunas fuentes de tierra cocida y los demás utensilios necesarios para la vida. Encima de la chimenea había dos fusiles y dos morrales. Una porción de cosas que el padre había hecho á su hijo, enternecieron vivamente á Verónica: un barco completamente armado, una chalupa, un vaso de madera esculpida, una caja de marquetería de paja, un crucifijo y un rosario muy bonitos. El rosario tenía las cuentas de nogal, cada una de las cuales representaba una cabeza admirablemente trabajada: Jesucristo, los apóstoles, la Virgen, san Juan Bautista, san José, santa Ana y las dos Magdalenas.

—Hago esto para divertir al niño en las largas veladas del invierno,—dijo como si quisiese disculparse.

La delantera de la casa estaba adornada con jazmines y con rosales pegados al muro, que adornaban las ventanas del primer piso inhabitado, pero en donde Farrabesche encerraba sus provisiones: tenía allí gallinas, patos, dos cerdos; no compraba más que pan, sal, azúcar y algunos comestibles. Ni él ni su hijo bebían vino.

—Todo lo que me han dicho de usted y lo que yo veo, hacen que me inspire un interés que no ha de ser estéril,—dijo, por fin, la señora Graslin á Farrabesche.

—Reconozco ahí la mano del señor Bonnet,—exclamó Farrabesche con tono conmovedor.

—Se engaña usted, el señor cura no me ha dicho nada aún; la casualidad ó Dios lo han hecho todo.

—Sí, señora, ¡Dios! Dios es el único que puede hacer cosas tan maravillosas por un desgraciado como yo.

—Si ha sido usted desgraciado, su arrepentimiento, su conducta y la estimación del señor cura le hacen digno de ser feliz,—dijo la señora Graslin con voz bastante baja para que el niño no pudiese oír nada, y llevada de una delicadeza femenina que conmovió á Farrabesche.—He dado las órdenes necesarias para que termine la construcción del gran cortijo que el señor Graslin había proyectado establecer al lado del castillo; usted será mi cortijero y tendrá ocasión de desplegar sus fuerzas y de emplear allí á su hijo. El procurador general de Limoges sabrá quién es usted, y la humillante condena de destierro que pesa sobre su vida desaparecerá, se lo prometo.

Al oír estas palabras, Farrabesche cayó de rodillas como herido por un rayo, ante la promesa de que había de realizarse una esperanza vanamente acariciada, y besó las faldas y los pies á Verónica. Al ver lágrimas en los ojos de su padre, Benjamin empezó á sollozar sin saber por qué.

—Levántese usted, Farrabesche, pues no sabe aún cuán natural es que yo haga por usted lo que le prometo hacer,—dijo la señora Graslin.—¿No ha sido usted el que ha plantado estos verdes árboles?—dijo ella de nuevo mostrándole los pinos del norte, los abetos, y los alerces plantados al pie de la árida y seca colina opuesta.

—Sí, señora.

—¿La tierra es mejor allí?

—Las aguas gastan siempre estas rocas y llevan allí alguna substancia terrosa; yo me he aprovechado de ellas, pues toda la parte del valle que está encima del camino os pertenece. El camino sirve de demarcación.

—¿Corre mucha agua por el fondo de ese largo valle?

—¡Oh! señora,—exclamó Farrabesche,—algunos días, cuando el tiempo es lluvioso, oirá usted desde el castillo bramar al torrente. Pero nada es comparable á lo que ocurre en la época del deshielo. Las aguas descienden de las partes del bosque situadas detrás de Montegnac, por las grandes pendientes adosadas á la montaña en que están situados vuestros jardines y vuestro parque; en fin, que todas las aguas de estas colinas van á parar allí y forman un diluvio. Felizmente para usted, los árboles contienen las tierras y el agua se desliza sobre las hojas, que son en otoño como una tela encerada; sin esto la tierra quedaría exhausta en el fondo de este valle.

—Y ¿en dónde están las aguas?—preguntó la señora Graslin que empezaba ya á prestar atención.

Farrabesche le señaló aquella estrecha garganta que, situada debajo de su casa, parecía cerrar el valle.

—Se extienden por aquella meseta cretosa que separa el Limosin del Correze, y permanecen allí durante algunos meses, hasta que el calor solar las evapora poco á poco. A causa de eso nadie puede habitar esta insalubre llanura. No hay ningún animal que quiera comer los juncos y las hierbas que brotan en esas salobres aguas. Esta vasta landa, que tiene tres mil fanegas de tierra, es propiedad común de tres ayuntamientos; pero, lo mismo que Montegnac, nadie puede utilizarla para nada. En la parte nuestra existe al menos un poco de arena y piedra; pero en los demás sitios todo es toba pura.

—Vaya usted á buscar los caballos, quiero ver todo eso por mí misma.

Tan pronto como la señora Graslin indicó á Benjamin el sitio en que se encontraba Mauricio, aquél salió á buscarlo.

—Usted que, según me han dicho, conoce las más pe-

queñas particularidades de este país,—repuso la señora Graslin,—explíqueme la causa que motivó el que las vertientes del bosque que miran á la llanura de Montegnac, no lleven agua, ni en tiempo de las lluvias ni en el del deshielo.

—¡Ah! señora,—dijo Farrabesche,—el señor cura, que se ocupa tanto de la prosperidad de Montegnac, ha adivinado esa causa á pesar de no haber hecho ese experimento. Desde que usted ha llegado, me ha mandado que de trecho en trecho pusiese esclusas en todas las torrenteras de todos los valles. Ayer mismo, en el momento en que tuve la dicha de encontrarla, venía de la Roca-Viva de examinar el terreno. Había oído los pasos de los caballos y quise saber quién andaba por allí. Señora, el señor Bonnet no sólo es un santo sino que, además, es un sabio. Cuando yo trabajaba en la carretera que conduce del pueblo al castillo, el señor cura me enseñaba toda la cordillera de montañas, desde Montegnac hasta Roca-Viva, y me decía: «Farrabesche, para que las aguas de esas montañas no vengán á la llanura es absolutamente indispensable que la naturaleza haya hecho una especie de canal que las lleve á otra parte.» Pues bien, señora, esta reflexión tan sencilla, que parece tonta, y al alcance de un niño, ni los señores, ni los administradores, ni los guardas, ni los pobres, ni los ricos, ni nadie, desde que Montegnac es Montegnac, se la había hecho, á pesar de que todos ellos veían que la llanura estaba inculta por falta de agua; á ninguno se le ocurrió indagar el paradero de las aguas del Gabou. Los tres ayuntamientos, en que abunda tanto la fiebre á causa de las aguas estancadas, no sabían tampoco buscar el remedio para su mal hasta que ese santo hombre pensó en ellos.

Mientras que Farrabesche decía estas palabras, de sus ojos manaba el llanto.

—Todo lo que encuentran los hombres de genio es tan sencillo, que todos creen que lo hubiesen encontrado,—dijo entonces la señora Graslin.—Pero el genio tiene eso de hermoso: se parece á todo el mundo, y nadie se parece á él.

—Yo comprendí en seguida al señor Bonnet, y no tuvo necesidad de hablarme mucho para explicarme la

clase de trabajo que deseaba de mí,—repuso Farrabesche.—Señora, el hecho es tanto más singular, por cuanto que de la parte de la llanura que le corresponde á usted por entero, las montañas tienen hendiduras muy profundas por donde se escapa el agua; pero todas estas hendiduras, estas gargantas y estos canalones por donde se escapan las aguas, van á dar á un vallecito que está algunos pies más bajo que nuestra llanura; hoy conozco perfectamente la razón de este fenómeno, y es la siguiente: Desde Roca-Viva á Montegnac existe en la parte baja de las Montañas una especie de parapeto cuya altura varía entre veinte y treinta pies; no está abierto por ningún lado, y se compone de una especie de roca que el señor Bonnet denomina esquita. Como la tierra es más blanda que la piedra, ha cedido, y las aguas, como es natural, van á desembocar al Gabou. Los árboles, la maleza y los arbustos, ocultan á la vista esta disposición del suelo; pero, después de haber seguido el movimiento de las aguas y las huellas que deja su paso, es fácil convencerse de que el Gabou recibe las aguas de dos vertientes. Según las ideas del señor cura, este estado de cosas cederá cuando los conductos naturales de las vertientes que miran á vuestras llanuras queden obstruidos por la tierra y por las piedras que arrastran las aguas, las cuales quedarán entonces más elevadas que el fondo del Gabou. Vuestra llanura se verá inundada como se ven los lugares que va usted á ver; pero para esto es preciso que pasen algunos siglos. Por otra parte, ¿es de desear esto, señora? Si el suelo de sus tierras no absorbiese las aguas, Montegnac tendría también aguas estancadas que infestarían el país.

—¿De manera que los lugares en que el señor cura me mostraba, hace ya algunos días, árboles que tienen aun verdes sus hojas, deben ser los conductos naturales por donde las aguas se precipitan en el torrente del Gabou?

—Sí, señora. De Roca-Viva á Montegnac se encuentran tres montañas, y por consiguiente, tres sumideros por donde las aguas, contenidas por la barrera de esquita, se van al Gabou. La cinta de árboles verdes aún, que se encuentran en la parte baja y que parecen for-

mar parte de vuestra llanura, indican ese canal que ha adivinado el señor cura.

—Lo que constituye la desgracia de Montegnac constituirá bien pronto su prosperidad,—dijo con acento de profunda convicción la señora Graslin.—Y puesto que usted ha sido el primer instrumento de nuestra obra, tomará parte en ella y buscará obreros activos y abnegados, pues será preciso reemplazar la falta de dinero con la abnegación y el trabajo.

Benjamín y Mauricio llegaron en el momento en que Verónica acababa esta frase; tan pronto como los vio tomó la brida de su caballo é hizo seña á Farrabesche de que montase en el de Mauricio.

—Lléveme usted al punto en que las aguas se extienden sobre los terrenos comunales,—dijo ella.

—Es tanto más útil que la señora venga allí, por cuanto que, siguiendo el consejo del señor cura, el difunto señor Graslin adquirió, en la desembocadura de esta garganta, trescientas fanegas de tierra en las que las aguas dejan un limo que ha acabado por producir buena tierra en una cierta extensión. La señora verá la parte alta de la Roca-Viva, en donde existen magníficos bosques, y en donde el señor Graslin hubiese colocado sin duda un cortijo. El lugar más conveniente sería aquel en que se pierde el manantial que está cerca de mi casa, del cual se podría sacar partido.

Farrabesche tomó la delantera para enseñarle el camino é hizo seguir á Verónica un rápido sendero que llevaba al lugar en que las dos montañas se unían, para dirigirse después la una al oeste y la otra al este, como despedidas por un choque. La estrecha garganta que formaban, que estaba llena de piedras, entre las cuales crecían elevadas hierbas, tenía unos sesenta pies de anchura. La Roca-Viva, cortada á pico, parecía una muralla de granito; pero la parte superior de esta inflexible muralla estaba coronada de árboles que tenían al descubierto algunas de sus raíces. Algunos pinos estaban adheridos al suelo de una manera extraña, y parecían sostenerse allí como pájaros agarrados á una rama. La colina opuesta ofrecía un aspecto soberbio, arenoso y amarillento: se veían en ella cavernas poco profundas, y su roca blanda y pulverulenta ofrecía tonos de

ocre. Algunos juncos y plantas acuáticas indicaban su posición al norte y la pobreza del suelo. El cauce del torrente era de piedra bastante dura, pero amarillenta. Evidentemente las dos cordilleras, aunque paralelas y al parecer hendidas en el momento de la catástrofe que cambió el globo, estaban compuestas, por un capricho inexplicable ó por una razón desconocida, cuyo descubrimiento pertenece al genio, de elementos completamente distintos. El contraste de sus dos naturalezas resaltaba, sobre todo, en aquel lugar. Desde allí vió Verónica una inmensa meseta seca, sin ninguna vegetación y sembrada de charcos de agua salobre ó de lugares en que el suelo era escamoso. Á la derecha se veían los montes de Correze. Á la izquierda, la vista se detenía en la inmensa masa de Roca-Viva, cargada de hermosos árboles, y al pie de la cual se extendía una llanura de unas doscientas fanegas, cuya vegetación contrastaba con el horrible aspecto de esta desolada meseta.

—Mi hijo y yo hemos hecho el bosque que ve usted allá abajo,—dijo Farrabesche,—y que va á unirse con el que limita con el suyo. Por esta parte, sus dominios están limitados por un desierto, pues la primera aldea está á una legua de aquí.

Verónica se lanzó al galope por aquella horrible llanura, seguida de su guarda. Hizo saltar el foso á su caballo, corrió cuanto pudo por aquel siniestro paisaje, y pareció experimentar un placer salvaje contemplando aquella vasta imagen de la desolación. Farrabesche tenía razón. Ninguna fuerza, ningún poder sacaría partido de aquel suelo, que resonaba bajo los pies de los caballos como si estuviese hueco. Aunque este efecto fuese producido por las cretas, naturalmente porosas, se encontraban también hendiduras por donde desaparecían las aguas que iban sin duda á alimentár lejanos manantiales.

—¡También existen almas que son de este modo!—exclamó Verónica deteniendo su caballo después de haber galopado durante un cuarto de hora.

Permaneció pensativa en medio de aquel desierto, en donde no había animales ni insectos, y que ni siquiera atravesaban los pájaros. Al menos en las llanuras de Montegnac se encontraban piedras, arena, algunas tie-